HISTORIA DE UN ANILLO

Texto de LUISA JOSEFINA HERNANDEZ

Música de RAFAEL ELIZONDO

México, marzo de 1961.

PERSONAJES:

Francisca
Eustaquio
Don Mariano
Serafina
Mariano
Padre Luis
Gómez
Mozo.

CUADRO 1

Patio de la escuela primaria de un pueblo sumamente humilde. La escenografía consiste en un letrero que dice "Escuela Primaria Mariano Pérez", un cerco desde donde se puede entrar al patio y también donde una persona escondida puede ver lo que pasa en él; un arriate lo suficientemente alto para que se pueda sentar una persona y con tierra como para hacer lógico que allí pueda enterrarse un objeto pequeño.
En escena está Francisca, tiene 25 años, es fea, desgarbada y de modales vulgares. Está vestida con mucha pobreza y descuido, a tal punto, que se diría que no tiene cuerpo.
Barre con una escoba de ramas y canta en voz baja.

FRANCISCA.—Todo se acabó
se dijo la palabra prohibida
y todo se acabó.
La maestra que estaba tan contenta
habló de Juárez
y hasta de la revolución.
Todo se acabó.

Los niños ya sabían
cosas de la luna y del sol
hablaban de planetas
y qué sé yo.
Hablaban de las flores
y qué sé yo.
Pero ella habló de Juárez
y hasta de la revolución.

(Entra Eustaquio por la cerca. Es alto, fuerte y bien parecido.)

EUSTAQUIO.—¿Qué pasó? Pasé por aquí y pensé que iba oír a los niños cantando y gritando... y nada.

FRANCISCA.—No me diga que no lo sabe, está usted muy, pero muy atrasado.

EUSTAQUIO.—Estaba en el monte. ¿Se fue la señorita Enriqueta?

FRANCISCA.—¿Qué no lo ve?

EUSTAQUIO.—¿La echaron?

FRANCISCA.—*(Confidencial).* No hable tan fuerte. Hubo un escándalo con dos muertos y varios heridos.

EUSTAQUIO.—Y ¿ella qué tuvo que ver?

FRANCISCA.—Nada. Don Mariano y el padre se robaron la casa que estaba junto a la iglesia, echaron a la calle a la familia que la vivía y dijeron que porque no pagaba (n) la contribución. Los niños estaban muy entusiasmados porque la señorita les enseñó cosas...

EUSTAQUIO.—¿Qué cosas?

FRANCISCA.—Que esas injusticias ya no se hacían desde la revolución y que mucha gente había muerto para que ya no pasaran esas cosas. Entonces, fueron a apedrear la casa de don Mariano. Salió su hijo y les echó una piedra que le dio en la cabeza a uno de los niños. Los padres se enojaron y quisieron linchar al hijo de don Mariano, pero los espantaron a balazos y mataron a dos. *(Pausa)* Esto está que arde, nunca los van a perdonar. ¿No ha notado que no hay nadie en la calle?

EUSTAQUIO.—Y ellos ¿qué hicieron?

FRANCISCA.—Pura tontería. Anduvieron por todos lados con el Padre Luis regando agua bendita, como si con eso se fuera a limpiar la sangre que ellos mismos derramaron... Aquí en la escuela también...

EUSTAQUIO.—Ni que fueran tan católicos. Y eso, ¿para qué?

FRANCISCA.—Para que se fueran las malas ideas que vino a sembrar aquí la señorita Enriqueta. Que estaba envenenando a los niños porque les enseñaba que el pueblo tiene que defenderse.

EUSTAQUIO.—Pero eso está en la Historia de México.

FRANCISCA.—Dice el padre Luis, que la historia de México es como la Sagrada Biblia; sólo los elegidos la pueden leer para luego explicársela a los otros.

EUSTAQUIO.—¿Quiénes son los otros?

FRANCISCA.—Los otros siempre somos nosotros. Y don Mariano le contestó al padre que lo diga en el sermón del domingo para que todos se enteren.

EUSTAQUIO.—Y usted, ¿cómo lo sabe?

FRANCISCA.—Porque estaba subida en el techo, esperando que se fueran.

EUSTAQUIO.—Y ahora, ¿qué va a hacer usted?

FRANCISCA.—Barrer, como todos los días, hasta que llegue otra maestra. Que esta vez no la van a traer de México.

EUSTAQUIO.—Y ¿se va a quedar aquí solita?

FRANCISCA.—Tengo mi cuarto y mis cosas, con eso me entretengo.

EUSTAQUIO.—¿No se aburre?

FRANCISCA.—No me parezco a usted, que siempre anda buscando diversiones. *(Pausa)* Aquí todo se sabe.

(Pausa.)

EUSTAQUIO.—¿Por qué no se casa?

FRANCISCA.—Usted vino a preguntar por qué no había clases y yo ya le contesté.

EUSTAQUIO.—Pero ya le hice otra pregunta...

FRANCISCA.—Pero esa no se la contesto... o sí se la contesto: porque cuando uno ve que su pueblo es un desastre, no tiene ganas de traer hijos a sufrir. Por eso.

EUSTAQUIO.—Y por eso no tiene novio.

FRANCISCA.—Mire Eustaquio, por eso. Para que se muera en un pleito callejero de un tiro en la cabeza y con una piedra en la mano.

EUSTAQUIO.—Son mentiras, aunque lo que dice sea cierto. Dígame la verdad, Francisca.

FRANCISCA.—Es usted un necio. Lo más terco y desconsiderado que he visto. ¿No digo bien que no tiene ojos? Míreme con cuidado.

No me caso por fea y horrorosa. Y no me importa un demonio. *(El la mira, tomando muy en serio la invitación; ella a gritos)* ¿Ya?

EUSTAQUIO.—*(Quedo y no descontento)* Ya. *(Pausa, ella sigue barriendo)* ¿No quiere que le vaya a tirar la basura?

FRANCISCA.—*(Indiferente)* No.

EUSTAQUIO.—¿Qué, ya me voy?

FRANCISCA.—Sí.

EUSTAQUIO.—Bueno, pues me voy.

(Sale Eustaquio por donde entró y cuando ha salido, ella deja caer la escoba y se toca la cara, el cuello, se ve el cuerpo. Luego recoge la escoba y dice entre dientes, cantando sin que le salga la voz.)

FRANCISCA.—Todo se acabó...

CUADRO 2

Es el cuarto donde vive Serafina. Debe dar la impresión de aristocracia pueblerina: pretensioso y con algunos objetos valiosos y anticuados. Don Mariano y Serafina están en escena. Don Mariano es un cacique de pueblo, cincuenta años. Serafina tiene treinta y cinco y viste con cierta seriedad y decencia.

D. MARIANO.—Y así tendrá usted forma de solucionar sus problemas económicos, Serafina.

SERAFINA.—*(Fingiendo modestia.)* Es usted muy gentil, don Mariano, pero yo no tengo título.

D. MARIANO.—De eso se trata.

SERAFINA.—*(Muy coqueta)* ¿De qué?

D. MARIANO.—De dos cosas. Una, en que el Padre Luis y yo estamos de acuerdo, es en que los niños aprendan a leer y a escribir y las niñas a bordar y a coser... y nada más. Eso sí lo sabe usted hacer. La otra cosa, ya se la he dicho otras veces...

SERAFINA.—Y en eso, ni modo que me diga usted que el Padre Luis está de acuerdo. ¡Me ha dado cada consejo!

D. MARIANO.—¡Qué se ha creído el señor ése! Y ¿se puede saber por qué la aconseja?

SERAFINA.—Porque él es mi confesor y usted es casado.

D. MARIANO.—Pero usted debe tener criterio propio. Usted sabe que la quiero, que la necesito... que no puedo vivir sin usted.

SERAFINA.—Veo que el Padre Luis y usted sólo están de acuerdo en asuntos públicos, pero no en asuntos privados. Imagínese lo que diría el padre Luis si yo en vez de enseñar en la escuela a leer y a escribir enseñara el amor libre.

D. MARIANO.—*(Escandalizado auténticamente.)* ¿Cuál amor libre? Las mujeres no dicen esas cosas. Yo le ofrezco... un mundo aparte, eso es todo.

SERAFINA.—Usted me ofrece un empleo, su amor y un mundo aparte. ¿Puedo aceptar una de las tres cosas o puedo dejar de aceptarlas todas?

D. MARIANO.—Todas o ninguna. Estoy desesperado.

SERAFINA.—*(Muy coqueta.)* ¿Muy desesperado?

(El la besa con pasión un poco ridícula.)

D. MARIANO.—*(Sin aliento.)* ¿Puedo volver hoy a la noche?

SERAFINA.—*(Cede, al fin.)* Sí, don Mariano.

D. MARIANO.—Llámame Mariano. Pero en privado, ya sabes. En público, me... te perjudicarías. *(Pausa, ella lo mira.)* El Padre Luis quiere saber qué libro de lectura le vas a dar a los niños.

SERAFINA.—*(Que nunca ha pensado en eso.)* Pues... no sé. El que él diga.

D. MARIANO.—Uno en que no se habla de Juárez, ni de Madero, ni de indios. El ha de tener uno de esos en la sacristía. Esos libros que refuerzan el respeto a las autoridades, no que lo destruyen.

SERAFINA.—Cuéntame cómo estuvo lo de la maestra.

D. MARIANO.—Pues... no tiene importancia. *(De mala gana y embrollando las cosas intencionalmente.)* Pues que ella les dijo a los niños que el pueblo puede criticar lo que hacen las autoridades, y también fue un asunto de pago de impuesto. Una gente debía cuarenta años de contribuciones y le quitamos la casa. Una casa que por cierto está a tus órdenes, aunque el huerto es para el padre. Total que protestaron y hubo... unos balazos.

SERAFINA.—*(Que no ha oído nada más de lo que quería.)* Ah, algo había oído, pero, ¿sabes por qué pasan esas cosas?

D. MARIANO.—Porque esa maestra era una entremetida que no sabía lo que es conveniente decir.

SERAFINA.—Déjame hablar. *(Encantada y contoneándose.)* Porque ella era de clase muy baja. Si hubiera sido de clase más alta, hubiera sabido...

D. MARIANO.—¡Mucho cuidado con decir en público esas cosas! Estás hablando con un producto de la revolución y un representante del pueblo. Yo soy de clase baja y ese es mi orgullo...

SERAFINA.—Pero yo pensé que no querías oír nada de la revolución.

D. MARIANO.—*(Cambiando de tono, en confianza.)* No lo quiero oír y no lo oigo, pero tengo la obligación de decirlo en cuantas oportunidades sea posible.

SERAFINA.—Pues ¿qué se trata de una revolución diferente?

D. MARIANO.—*(Cansado.)* Eso es. Se trata de dos revoluciones, la de ellos y la mía. Pero no te metas en honduras, haz lo que tienes que hacer y basta.

SERAFINA.—*(Falsamente ofendida.)* Voy a hacer lo que dice el Padre Luis.

D. MARIANO.—Dios te libre. *(La abraza y la besa, queda de nuevo sin respiración.)* ¿Verdad que no?

SERAFINA.—Es que eres tan poco romántico...

D. MARIANO.—No. Si yo soy muy romántico, ya verás. Te traería un gallo si no fuera porque... pero voy a comprarte un tocadiscos.

SERAFINA.—¿De veras? ¡Qué lindo!

D. MARIANO.—*(Para fascinarla del todo.)* Y hoy te traigo un regalo. *(Se busca y luego encuentra una cajita).* A ver si no lo perdí... ¡Aquí está! Pensaba dártelo hoy a la noche.

SERAFINA.—*(Que le arrebata la cajita)* Es un anillo. ¡Qué bonito! *(Se lo pone)* ¡Qué precioso! *(Lo ve)* ¿Es de oro?

D. MARIANO.—De muchísimos quilates.

SERAFINA.—Gracias. *(Lo besa en la mejilla, lo abraza).*

D. MARIANO.—*(Atontado)* Espérate a la noche que me estoy poniendo nervioso. Se me está haciendo tarde. Adiós.

SERAFINA.—*(Que le manda otro beso con la punta de los dedos.)* Adiós, mi amor.

SERAFINA.—*(Serafina se sienta en una silla, se mira el dedo y canta)*
Los tiempos cambian.
Ya no hay solteros,
ni quedan ya maridos.
Ya no soy rica
pero soy educada.
Los tiempos cambian.
Nunca tendré marido
pero tengo un anillo,

tengo casa, trabajo
y tengo un anillo,
Y tengo un mundo aparte.

CUADRO 3

Casa de don Mariano. Hay una mesa y sillas. Don Mariano y su hijo Mariano están en escena. Ambos están ocupados en limpiar un par de rifles.

D. MARIANO.—Un muerto no quiere decir nada. Además fue en defensa propia.

MARIANO.—Quiere decir que no puedo dormir.

D. MARIANO.—¿Ahora vas a salir con que te remuerde la conciencia? ¿Qué no eres hombre?

MARIANO.—No puedo dormir de miedo de que me metan un balazo mientras estoy descuidado.

D. MARIANO.—Que va. No seas tonto. Si no tienen armas. De eso nos ocupamos hace dos años cuando hubo aquí pleito que todos los periódicos de la capital dijeron que era familiar. Un señor hasta nos llamó sicilianos.

MARIANO.—Quien sabe qué será eso. Pero ahora nos dirían algo peor si supieran que no tienen armas. Además, una pistola en cualquier parte se esconde.

D. MARIANO.—No tienen dinero para comprarla. Mira Mariano, lo que te hace falta es amarrarte los pantalones y olvidar el asunto. Acuérdate de los próceres de la revolución, ¿tú crees que nunca mataron a nadie?

MARIANO.—Pues sí, señor. Pero ésos estaban del otro lado. Estaban con ellos y no en contra. Si a mí me preguntan ¿qué digo?

D. MARIANO.—Cualquier cosa, siéntate un rato a pensarlo y verás como empieza a funcionarte la imaginación.

MARIANO.—Cada vez que me siento me dan ganas de pararme y de echar a correr porque se me hace que sentado soy muy buen blanco.

D. MARIANO.—No tienes vergüenza. Para andar en estas cosas hay que ser hombre de acción.

MARIANO.—Dígame usted lo que es un hombre de acción.

D. MARIANO.—Un hombre que hace lo que quiere a la hora que quiere y que no permite que nadie se le interponga.

MARIANO.—Y ¿el miedo?

D. MARIANO.—Que no permite que el miedo se le interponga.

MARIANO.—¿Usted nunca ha sentido miedo?

D. MARIANO.—Como todos los que llegan a mandar a otros hombres. Miedo a la pobreza, miedo al trabajo inútil. Miedo a que otros hombres me manden.

MARIANO.—Ese no es miedo, son ambiciones.

D. MARIANO.—*(Descontento)* ¿Por qué no te confiesas y acabas de una vez con tanta palabrería?

MARIANO.—Porque usted opina que lo que dice el padre Luis es pura palabrería.

D. MARIANO.—*(Muy sabio y profundo.)* Pues sí, pero eso no está mal cuando viene al caso. Lo mismo opina el padre Luis cuando yo digo mi discurso del 20 de noviembre. Y ya ves lo bien que nos va a los dos.

MARIANO.—Se cansa uno.

D. MARIANO.—Se cansa uno cuando nace cansado, como tú. Hay que vivir.

MARIANO.—¿No se podrá vivir de otra manera?

D. MARIANO.—¿Qué te hace falta? Tienes casa, comida, dinero y todo lo que se te antoja. ¿Cómo quieres vivir?

MARIANO.—Más tranquilo y con menos palabras.

D. MARIANO.—Ni modo que te aconseje que te metas al seminario. Ya ves al padre Luis, la saliva que gasta.
(Mariano, al revisar el rifle, apunta hacia su padre y éste se intranquiliza.)

D. MARIANO.—A ver si limpias el rifle para otro lado.

MARIANO.—Usted perdone.

D. MARIANO.—O búscate una mujer. Eso también levanta el ánimo. *(Pausa)* No hay modo de que te compongas. Vete de cacería con un amigo.

MARIANO.—¿Amigo?

D. MARIANO.—Tienes razón, aparte de nosotros y el padre nada más queda el pueblo y por ahora...

MARIANO.—Nada más queda el pueblo.

D. MARIANO.—Voy a salir. *(Se ponen en pie, se miran)* Voy a... la calle. No me tardo. Bueno, puede que me tarde un poco, al fin es... temprano. ¿Qué me ves?

MARIANO.—Nada. ¿Qué tiene de raro que lo vea?

D. MARIANO.—*(Confidencial)* Oye ¿qué estoy muy viejo?

MARIANO.—*(Lleno de significados)* Para ir a dar la vuelta, todavía está usted muy bien.

D. MARIANO.—Mira, el secreto de la juventud es..., es... *(No la halla, se pone triste)* Adiós.

(Mariano se acomoda en la silla con el rifle recién cargado en las manos y mira con temor a todas partes.)

MARIANO.—Mejor que haya silencio, para oír...

(Oscuro e inmediatamente se enciende la luz sobre la misma mesa, sólo que en lugar de Mariano está el padre Luis, que se ocupa en frotar dos candeleros grandotes.)

PADRE LUIS.—*(Mientras limpia.)* De ninguna manera me quejo, soy la humildad misma. Aunque naturalmente no me faltan motivos de preocupación... a veces, de intenso sufrimiento. Por mi religión he doblegado mi orgullo y he aceptado un huerto que provocó un litigio bastante desagradable. Ese huerto no me traerá más que molestias y fatigas, entre otras cosas la obligación de vender lo que produzca y consumir el resto... yo que son tan parco. Luego me agravia el problema de una de mis hijas de confesión que comparte un pecado con don Mariano; viene todos los días a que yo la perdone. Claro que ya le dije que no sea desconsiderada y que se conforme con confesarse una vez al mes, al fin se trata de la misma cosa. Además, tengo que complacer a don Mariano cuando me pide que vaya a echar agua bendita a la escuela sin compadecerse de mis pobres pies y debo humillar mi alma aceptando las monedas que me ofrece. Por último, se me pide consejo para educar a los niños como si no tuviera bastantes preocupaciones y los niños no fuera un grave problema.

(Canta.)

No hay compasión.
Todos los hombres sufren
(De tanto en tanto.) Y no hay compasión.
Vivo sacrificado
y acepto lo robado
sin deshonor;
porque todo lo que hago
nace de un gran deseo
de mortificación.
Por eso digo al mundo:
haz lo que quieras,

con sacrificios,
con sufrimientos,
lleva tu carga,
carga tus penas,
que todo es bueno
siempre que se haga
con mortificación.
Ay... no hay compasión.

(Cae exhausto sobre la mesa. Oscuro.)

CUADRO 4

Patio de la escuela. Francisca barre. Entra Serafina, se miran. Hacen un marcado contraste.

SERAFINA.—¿Qué esperas?

FRANCISCA.—¿Para qué?

SERAFINA.—Para darme los buenos días.

FRANCISCA.—Esperaba que usted me los diera, como llegó después que yo...

SERAFINA.—¿Dónde se ha visto? Las personas bien educadas, nunca saludan primero.

FRANCISCA.—Bueno, pues voy a ser mal educada ¡Buenos días!

SERAFINA.—¿Cuál es tu oficio aquí?

FRANCISCA.—Barro la escuela, riego el patio, sacudo el polvo. No hago más que limpiar.

SERAFINA.—¡Qué sucia debe de ser esta escuela!

FRANCISCA.—Dije que la limpiaba, no que la ensuciaba.

SERAFINA.—Se ve que eres muy tonta. Mira qué trapos llevas.

FRANCISCA.—*(Revisándola de arriba a abajo.)* Usted debe ser muy inteligente.

SERAFINA.—*(Mirándose el anillo.)* Sí. La verdad, sí, ¿Cómo te llamas?

FRANCISCA.—Francisca.

SERAFINA.—Y ¿qué más?

FRANCISCA.—Pues nada más.

SERAFINA.—¡Qué ignorancia! ¿Cómo se llamaban tus padres?

FRANCISCA.—Soy huérfana y nadie los conoció.

SERAFINA.—Pues no le hace. Alguien debía haberte dado su apellido, porque si no tienes, no existes, como quien dice. Si alguien quiere mandarte una carta...

FRANCISCA.—Si alguien quiere decirme algo, que me lo diga en mi cara. No sé leer.

SERAFINA.—¡Qué horror! Y ¿trabajas en una escuela? *(Francisca mira al suelo.)* Pero lo que más me alarma es que no tengas apellido. Ese es el estado civil de las personas, ¿me entiendes? No, ¿verdad? Yo, por ejemplo, me llamo Serafina del Monte Suárez.

FRANCISCA.—¿Nada más?

SERAFINA.—¿Qué más querías? Es todo lo que hace falta.

FRANCISCA.—Pues yo veo que le hace falta un nombre. El de su marido. ¿Cómo se apellida?

SERAFINA.—*(Descuidada.)* Yo no tengo marido, soy señori... *(Se da cuenta, Francisca muy socarrona)* Pero tengo una casa muy bonita, nueva, junto a la iglesia, y ropa nueva y un abrigo para cuando haga frío. Y... ¿tú qué tienes?

FRANCISCA.—Un cuartito en el fondo del patio, con mi cama y mi ropero.

SERAFINA.—¿Eso es todo?

FRANCISCA.—No. Tengo... un radio.

SERAFINA.—*(Superior.)* ¡Un radio! No me digas. Y ¿cómo le hiciste para comprarlo?

FRANCISCA.—En abonos. Me tardé dos años.

SERAFINA.—*(Muerta de risa.)* ¿Dos años? Y ¿para qué lo quieres?

FRANCISCA.—Para oír.

SERAFINA.—¡Qué tontería! Con ese dinero te hubieras podido comprar alguna otra cosa, un vestido siquiera. Eres tonta, vas vestida de harapos y compras un radio. ¡Nada menos que para oír!

FRANCISCA.—*(De mal talante.)* ¿Sirve para alguna otra cosa?

SERAFINA.—*(Que decide no contestar.)* Y mira, tengo un anillo.

FRANCISCO.—¿Para qué sirve?

SERAFINA.—¡Qué atraso! Pues sirve para... para tenerlo.

FRANCISCA.—¡Ah! Y ¿cómo hizo para comprarlo? ¿Lo pagó en abonos?

SERAFINA.—Yo... a mí... *(Repentinamente furiosa.)* ¡Yo te voy a correr de la escuela a la primera oportunidad que tenga!

FRANCISCA.—¿Por qué? Si no se lo he robado...

SERAFINA.—Porque eres mal educada y grosera y se ve muy bien que no me quieres. Me has recibido mal. Voy a contárselo a don Mariano.

FRANCISCA.—No le he dicho nada malo. En cambio usted me ha dicho tonta, ignorante y harapienta.

(Las dos se vuelven al público y cantan a dúo.)

¡Qué injusticia! ¡Qué calamidad!
Creía que iba a ser feliz
y resulta que todo salió mal.
Esta persona es detestable
es insufrible, es infernal.
¡No podré trabajar!

FRANCISCA.—*(Sola.)* Tengo radio, ropero y cama
no necesito más.

SERAFINA.—Tengo casa, ropa, mi anillo...
¡Tengo el apoyo municipal!

LAS DOS.—Esta persona es detestable
es insufrible, es infernal.

(Oscuro.)

CUADRO 5

Patio de la escuela. Francisca, muy triste, tararea la música de "es insufrible, es infernal". Aparece Eustaquio por detrás de la cerca.

EUSTAQUIO.—*(Muy quedo)* ¿Cómo le ha ido?

FRANCISCA.—¿Qué?

EUSTAQUIO.—Que cómo está.

FRANCISCA.—¿Por qué no habla fuerte?

EUSTAQUIO.—Porque ya me imagino la respuesta.

FRANCISCA.—Entonces ¿para qué pregunta?

EUSTAQUIO.—Para empezar la conversación. La vi muy triste.

FRANCISCA.—No estoy triste, estoy cansada.

EUSTAQUIO.—¿La hace trabajar mucho?

FRANCISCA.—No. Es una de esas señoras que no saben distinguir lo que está limpio de lo que está sucio.

EUSTAQUIO.—¿La maltrata?

FRANCISCA.—No mucho. Nada más me odia.

EUSTAQUIO.—¿Por qué?

FRANCISCA.—Porque no nos parecemos.

EUSTAQUIO.—¿Qué querrá? ¿Que una como ella barra el patio?

FRANCISCA.—Eso le gustaría menos. Es de esas señoras que no quieren a las que son iguales a ellas ni a las que son distintas.

EUSTAQUIO.—Y ¿les enseña mucho a los niños?

FRANCISCA.—Es de esas señoras que no distinguen lo que es enseñar de lo que es mal enseñar.

EUSTAQUIO.—Pues ¿que clase de señora es?

FRANCISCA.—Es una gran señora.

EUSTAQUIO.—¡Ah! *(La mira pensativamente.)*

FRANCISCA.—¿Qué tanto me vé?

EUSTAQUIO.—¿Quién estaba viéndola?

FRANCISCA.—*(Resentida.)* Nadie. Me equivoqué.

EUSTAQUIO.—¿Por qué no se casa y deja su empleo? *(Francisca no contesta.)* Contésteme.

FRANCISCA.—¿Me hablaba?

EUSTAQUIO.—No qué va, estaba bien callado.

FRANCISCA.—Ya ve. Por eso no le oía.

EUSTAQUIO.—¿Qué hace usted de noche?

FRANCISCA.—Duermo y mientras duermo cuido la escuela. Es mucho más de lo que hace cualquiera.

EUSTAQUIO.—Oiga Francisca...

FRANCISCA.—*(Enojada, pero menos de lo que ella quisiera.)* No me diga esas cosas que siempre acaban en lo mismo. ¿Usted cree que a mí me gusta tener que acordarme a cada rato de cómo soy y de que...?

(Desde adentro se oye un alarido de rabia y un grito de Serafina.)

SERAFINA.—*(Desde adentro.)* ¡Francisca!

FRANCISCA.—*(A Eustaquio, empujándolo)* ¡Váyase usted corriendo que allí viene! Que no lo vea aquí.

(Eustaquio hace ademán de hablar, pero se deja llevar por la agitación de Francisca.) (Se esconde detrás de la cerca.) (Entra Serafina.)

SERAFINA.—*(Agarrando a Francisca por las muñecas.)* ¡Aquí estás!...

¡ladrona!, sinvergüenza! Yo ya sabía que no podía esperar otra cosa de ti.

FRANCISCA.—*(Soltándose de golpe.)* ¿Qué pasa?

SERAFINA.—¡Me lastimaste! Todo se lo diré a don Mariano. Me robaste mi anillo y ahora me pegas. Me has roto las uñas.

FRANCISCA.—¿Su anillo? Y ¿Cómo? ¿Se lo quité del dedo?

SERAFINA.—Hoy en la mañana fui al lavadero a lavarme las manos y me lo quité para que no se me fuera a echar a perder con el jabón...

FRANCISCA.—¿No era de oro?

SERAFINA.—¡Cállate! Y ahora no está. ¿Me oyes? Y tú eres la única que anda por los lavaderos. ¡Dámelo!

FRANCISCA.—No he visto su anillo.

SERAFINA.—Era de oro, precioso. ¡Dámelo!

FRANCISCA.—¡No lo tengo! ¡No lo he visto ni he ido hoy por los lavaderos!

SERAFINA.—Claro, si nunca te lavas. Pero tú lo tienes, tú me lo robaste porque te dio envidia de mi anillo.

FRANCISCA.—Yo nunca he robado.

SERAFINA.—¡Hasta el día de hoy! Todo el mundo es decente hasta que se tropieza con un anillo...

FRANCISCA.—Será usted, no yo.

(Serafina intenta abofetearla, pero ella la rechaza.)

SERAFINA.—¡Ya me rompiste otras dos uñas! O me das mi anillo inmediatamente o llamo a don Mariano para que te metan a la cárcel.

FRANCISCA.—Yo no tengo su anillo.

SERAFINA.—Se lo habrás regalado a algún amante.

FRANCISCA.—No he tenido amantes.

SERAFINA.—¿Qué has estado haciendo toda tu vida? ¿Oyendo el radio?

FRANCISCA.—Sí.

SERAFINA.—¿Llamo a don Mariano? Decide tu misma.

FRANCISCA.—Yo no he robado nada.

SERAFINA.—*(Lívida de ira.)* Muy bien. La culpa es tuya. He sido paciente y bondadosa contigo. No te lo mereces, voy a llamarlo.

(Sale de escena y Eustaquio asoma la cabeza por detrás de la cerca al ver que Francisca queda sola.)

EUSTAQUIO.—Francisca... *(No contesta.)* Francisca véngase al monte conmigo. *(Ella no contesta.)* Yo la cuido. ¿No ve que si viene don Mariano lleva todas las de perder? Anímese y vámonos.

(Francisca, mientras que lentamente se sienta en el arriate.)

FRANCISCA.—No quiero que nadie piense que me robé el anillo... *(Oscuro.)*

CUADRO 6

Patio de la escuela, vacío. Entran Serafina y don Mariano.

D. MARIANO.—¿Para qué hiciste esto? ¿Quieres explicármelo?

SERAFINA.—Para que la castigues. Me robó mi anillo.

D. MARIANO.—¿Tú crees que éste es el momento de hacer un escándalo? No puedo comer de miedo a que me envenenen.

SERAFINA.—Yo no sé nada. Lo que sé es que a los ladrones se les mete a la cárcel.

D. MARIANO.—Eso se hace cuando se puede. Pero pasamos por un momento difícil. El pueblo está contra nosotros y por cosas más insignificantes podemos vernos en un apuro. Mariano, mi hijo, no quería venir.

SERAFINA.—Tu hijo es un cobarde, pero tú no, por eso te llamé a ti. Y ella me robó mi anillo.

D. MARIANO.—¿Tienes pruebas?

SERAFINA.—Aquí no entró nadie más que ella. O ¿quieres que acuse a los niños?

D. MARIANO.—¡Ni lo mande Dios! Mira Serafina, ¿quieres que te compre un anillo nuevo?

SERAFINA.—¡No! Quiero el mio. ¿Por qué se va a quedar ella con él si tú me lo compraste a mí?

D. MARIANO.—Puedo comprarte otro.

SERAFINA.—¡No! Quiero el mío. Estoy segura de que lo tiene escondido. Lo habrá enterrado. Además, tú me dijiste que mi anillo valía mucho. ¿Por qué lo va a tener ella y no yo?, ¿por qué vas a tener que comprar otro?

D. MARIANO.—Porque en este momento prefiero comprar otro anillo que llamar la atención de alguna manera.

SERAFINA.—¿No valía mucho el anillo?

D. MARIANO.—Este... sí.

SERAFINA.—Además, tú me dijiste que lo que pasó con la otra maestra y el escándalo que hubo antes no tenía importancia y que tus ideales eran limpios.

D. MARIANO.—*(Enojado.)* ¿Para qué demonios habré dicho tantas cosas?

SERAFINA.—Me dijiste que eras hijo de la revolución y que nada podía sucederte.

D. MARIANO.—Pero yo quería decir una cosa y parece que el pueblo entiende otra.

SERAFINA.—Cuando hablas de la revolución piensas en tu bienestar y cuando el pueblo lo dice, habla de su bienestar ¿cuál es la diferencia?

D. MARIANO.—No seas tonta, Serafina, la diferencia es grande, porque mi bienestar no es el mismo que el de ellos.

SERAFINA.—Pues explíqueselo al pueblo y no le tenga miedo.

D. MARIANO.—¡Si lo explico mi proceder sería antirrevolucionario!

SERAFINA.—Que lo explique el padre, entonces.

D. MARIANO.—Eso es lo que hace. ¿Para qué crees tú que sirven esos sermones que hablan del sufrimiento y de la resignación y de las recompensas en la otra vida?

SERAFINA.—*(A quien no se le había ocurrido.)* ¿Para eso...? *(Decide volver a su asunto.)* Bueno, yo lo que quiero es mi anillo.

D. MARIANO.—Ya te dije...

SERAFINA.—¡Quiero mi anillo!

D. MARIANO.—Bueno, bueno, y ¿qué dice ella?

SERAFINA.—¿Qué quieres que diga? Que ella no fue. Pero yo estoy segura. Yo la acuso.

(Entra Mariano hijo.)

MARIANO.—Oiga papá...

D. MARIANO.—¿Qué quieres?

MARIANO.—Esa mujer dice que ella para qué se había de robar un anillo de cobre.

SERAFINA y D. MARIANO.—*(A un tiempo.)* ¡¿De cobre?!

MARIANO.—Y yo digo que si el anillo era de cobre, esto es una estupidez.

D. MARIANO.—*(Solemne.)* Era un anillo de oro, carísimo.

SERAFINA.—*(Suspirando.)* Era precioso.

D. MARIANO.—Era el anillo más bonito del pueblo.

MARIANO.—¿Era tan caro como para llevarse a la cárcel a esa harapienta?

D. MARIANO.—Pues... sí. *(Corrigiéndose.)* Yo creo que sí.

SERAFINA.—Claro.

MARIANO.—Si el anillo no aparece y ella sigue negando, ¿qué?

SERAFINA.—En cuanto esté en la cárcel confesará para que la dejen ir.

MARIANO.—Y ¿si no confiesa?

SERAFINA.—Confesará. Lo que sucede es que ella cree que no se atreverán a hacerle nada. Piensa que los dos son cobardes y lo hace por molestarlos. *(Los dos se miran largamente.)* ¿Qué les pasa? ¿Van a dejar que me robe mi anillo?

MARIANO.—*(A Serafina.)* Mire señora. A mí no me importa su anillo, sino mi pellejo. Si esa mujer no confiesa ni se encuentra el anillo, quién sabe lo que va a pasar. Pero ustedes son responsables y no yo. Yo no estoy de acuerdo. *(Mirando a su padre con ironía.)* ¿No se podría encontrar por ahí un anillo igual de... caro? *(Don Mariano, baja los ojos, no se atreve a contestar frente a Serafina.)* Bueno, allá ustedes. Yo me voy a la cantina, para que todos sepan que no estuve presente en la detención.
(Sale.)

D. MARIANO.—¡Mariano!

(El no contesta y don Mariano queda en manos de Serafina que lo acaricia en todas las formas posibles dada la situación.)

SERAFINA.—¿Verdad que no vas a permitir que me hagan eso? *(No contesta.)* ¿Verdad que no? *(El sigue callado, ella en un tono muy convincente.)* Cuando esté en la cárcel le mandas al padre; verás como él la sonsaca.

D. MARIANO.—*(Animado.)* Es buena idea. *(Lo piensa un poco más mientras ella le muerde las orejas hasta aturdirlo.)* Bueno, como quieras.

(Se dirige fuera de escena y dice en voz alta.)

D. MARIANO.—Oiga Gómez. Llévesela. Allá la interrogaremos.

VOZ DE HOMBRE, ADENTRO.—Sí señor.

SERAFINA.—Eres un encanto, Mariano. Te quiero mucho, te lo agradezco mucho.

D. MARIANO.—*(Nada contento.)* Y mucho que me cuesta. Adiós.

(Sale; ella le tira un beso con la punta de los dedos.) (Pasa Francisca por detrás de la cerca acompañada de un hombre que lleva un

rifle en la mano. Francisca mira a Serafina, ésta saca apresuradamente de la bolsa un tejido de gancho y finge no verla. Poco después pasa D. Mariano sin mirar a nadie.)

SERAFINA.—¡Qué injusticia, qué calamidad!
Creía que iba a ser feliz
y todo salió mal.
Esa Francisca es detestable, es insufrible, es infernal.
(Deja de cantar, se mira la mano.)
¡Ah!, y dijo que mi anillo era de cobre.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

CUADRO 1

La cárcel. Celda de Francisca donde hay un catre sin cobijas ni nada encima. Francisca está sentada en el catre, sucia, más fea que nunca. Se rasca de vez en cuando.

FRANCISCA.—*(Cantando.)*
Tengo mi honor
mi dignidad y mi palabra.
Tengo mucha razón.
Cuando vine era pobre
y me vestía de trapos,
pero limpia y a veces
me hacía un peinado
con mucha vaselina y una flor.
Hoy tengo piojos.
Nada más piojos,
mi palabra y mi honor.

(Entra en la celda el padre Luis.)

PADRE LUIS.—Hija mía, vengo a ofrecerte consuelo.
FRANCISCA.—Muchas gracias, padre.
PADRE LUIS.—*(Camino al catre.)* ¿No me ofreces asiento?
FRANCISCA.—Si se resigna a que se le suban los piojos...

PADRE LUIS.—*(Con viva repugnancia.)* Permaneceré de pie.

FRANCISCA.—Ya me lo sospechaba. ¿A qué dice usted que vino?

PADRE LUIS.—A ofrecerte el consuelo de mi religión.

FRANCISCA.—Si quiere usted consolarme, dígales por favor que me manden un balde de agua y un poco de gasolina para limpiar este catre.

PADRE LUIS.—Ese no es el tipo de consuelo que te ofrezco. Si hubieras sido una buena católica y te hubieras presentado a misa los domingos, sabrías de qué se trata.

FRANCISCA.—*(Con sencillez.)* Sé de qué se trata.

PADRE LUIS.—No te adelantes. Dime hija mía ¿por qué robaste ese anillo? Robar es pecado.

FRANCISCA.—No robé nada.

PADRE LUIS.—Mentir también es pecado.

FRANCISCA.—Entonces, ¿por qué quieren que mienta y confiese que lo robé? Nunca diré eso y si ese es el consuelo que me ofrece, ya sabe a qué atenerse.

PADRE LUIS.—La arrogancia es pecado.

FRANCISCA.—¿Qué es arrogancia?

PADRE LUIS.—El orgullo, eso que tú sientes.

FRANCISCA.—Padre, ¿cómo hace usted para saberse de memoria tantos pecados?

PADRE LUIS.—*(Digno.)* Es mi oficio.

FRANCISCA.—Vaya...

PADRE LUIS.—¿Dónde escondiste esa alhaja?

FRANCISCA.—¿Cuál alhaja?

PADRE LUIS.—Ya sabes a lo que me refiero.

FRANCISCA.—Ya sé lo que me va a decir, que la ignorancia es pecado. Puede que tenga razón, pero no sé que es una alhaja, ni he visto nunca ninguna.

PADRE LUIS.—Eres muy obstinada. No sabes lo que haces. Piensa en las torturas del infierno, adonde van todos aquellos que como tú, no quieren confesar sus maldades. *(El padre se para primero en un pie y luego en el otro, va en dirección de la puerta.)* Una silla por favor, que esto va para largo. *(Se la dan mientras Francisca se rasca desesperadamente.)* ¿Cómo te imaginas tú que puede ser el infierno? Piensa en los sufrimientos más inconcebibles, porque por ellos tendrás que pasar si no dices la verdad a tiempo.

FRANCISCA.—¿Por qué quiere que me lo imagine? Si me habla del infierno es porque usted ya sabe cómo es. Si me lo imagino, el infierno resultaría una cosa inventada.

PADRE LUIS.—*(Desconcertado.)* ¿Qué dices, mujer?

FRANCISCA.—Digo que si a todos los fieles les dice usted que se imaginen el infierno, debe de haber mil infiernos todos diferentes según la imaginación de las personas. ¿Cuál es el verdadero?

PADRE LUIS.—Eres una hereje.

FRANCISCA.—Eso ya me lo dijo usted cuando llegó. Lo que yo quiero saber es cómo es el infierno.

PADRE LUIS.—Un lugar de torturas terribles.

FRANCISCA.—¿Peor que este lugar?

PADRE LUIS.—*(Astuto.)* Si esto es lo peor que has visto, cien veces peor. Después de la muerte, en vez de ir al cielo, irás a ese lugar.

FRANCISCA.—*(Pensativa.)* Si digo que me lo robé, me van a dejar aquí encerrada quién sabe cuánto tiempo por ladrona. Y si no lo digo, voy al infierno después de la muerte. Padre Luis, me importa más lo que me suceda mientras estoy viva, no soporto los piojos.

PADRE LUIS.—Si hubieras ido a misa los domingos...

FRANCISCA.—Yo ya sé lo que dice usted los domingos.

PADRE LUIS.—¿Cómo?

FRANCISCA.—Les dice usted que tengan paciencia, que sufran sin quejarse; bueno, pues eso es lo que yo hago. Consuéleme usted como los consuela a ellos y no de modo diferente. Dígame que soporte con calma las injusticias que se hacen conmigo y yo le haré caso, porque estoy soportándolas. Eso es lo que usted dice. A nadie le dice: "miente para que los otros crean que hacen justicia", ¿verdad? *(Pausa.)* ¿Por qué no amenaza usted con el infierno a don Mariano y a la maestra?

PADRE LUIS.—Cada quien es dueño de su alma.

FRANCISCA.—Bueno, yo soy dueña de la mía. Lo malo es que don Mariano no sólo es dueño de su alma sino de muchas otras cosas que a mí me faltan.

PADRE LUIS.—Eres una impertinente y no tengo más tiempo que perder hablando contigo.

FRANCISCA.—Yo no le mandé llamar. Fueron ellos. Dígale usted a don Mariano que no tiene tiempo.

PADRE LUIS.—*(De pie, indignado.)* Eres lo peor que he encontrado en la vida. *(Hipócrita.)* Que Dios te perdone.

FRANCISCA.—¿Por qué no les dice usted a ellos que me perdonen?

PADRE LUIS.—¿Adónde está ese anillo? *(Francisca calla.)* No sabes lo que haces. Te advierto que esta es la última vez que alguien viene a convencerte por la buena. Hay otras formas. No desperdicies esta oportunidad.

FRANCISCA.—¿Qué es lo que puedo aprovechar de esta oportunidad?

PADRE LUIS.—*(Fastidiado y enojado.)* Piensa en lo que te he dicho y que Dios me tenga en cuenta este mal rato.

(Sale de la celda y deja a Francisca, que aprovecha su soledad para rascarse la cabeza con las dos manos. Oscuro.)

CUADRO 2

La cárcel. Francisca acurrucada sobre su catre con la cara escondida. Don Mariano da vueltas por la celda.

D. MARIANO.—No es que me haya gustado maltratarte. No me gusta pegar porque me enojo y luego me cae mal la comida. Pero tiene que haber una forma de obligarte a que digas la verdad. Porque ya no se trata sólo de la verdad sino de que esta gente está muy callada y de noche tengo que dejar vigilada mi casa, para poder descansar. Me parece sentir que se dicen secretos, que traman algo... Por eso, hoy mismo tienes que firmar tu confesión... para que clave una copia en la puerta y todo el mundo se entere de que no se hizo una injusticia... ¿Me oyes? *(Francisca sigue inmóvil y callada.)* Ya no me das ni coraje. Yo creo que no eres humana. Ayer en la mañana te pegué, hoy te pegué también y tú sigues igual. Si fueras un burro o un perro... ya hubieras entendido. *(Pausa.)* Pero dice la señorita Serafina que hay una cosa que sí te importa aunque yo no quería llegar a eso. Las mujeres son malas con las otras mujeres. Además es peligroso... *(Piensa un momento.)* Todo es peligroso. Estoy harto de esto. Ganas me dan de dejarte salir y que te vayas..., pero sería lo mismo, ya no puedo echarme atrás. ¿Por qué no confiesas que robaste el anillo y lo perdiste? *(Mira a Francisca, que sigue muda.)* No quieres decir nada. Dice la señorita Serafina que eres muy orgullosa de tu honradez y que nunca has tenido amantes. Hoy, en vez de de venir a verte pensaba mandarte un hombre para que te convenciera, uno de esos que andan trabajando en el monte y que no se meten en enredos de pueblo. Pero ayer no hubo forma de encontrar uno... ayer; hoy sí se encontró... allá está afuera. *(Francisca levanta un rostro aterrorizado.)* A esos no les importa la mugre, ni...lo demás.

(El la mira.) Ah, estás asustada. *(Saca un papel de la bolsa.)* Firma esto y se acabó el asunto. Además, después de que pasen unos días, te dejaré ir. Soy muy generoso.

FRANCISCA.—*(Con voz débil.)* ¿Dice eso que me robé el anillo?

D. MARIANO.—¡Claro! ¿Qué otra cosa iba a decir? Fírmalo, el hombre está allá afuera...

FRANCISCA.—*(Luego de respirar profundamente.)* No.

D. MARIANO.—*(Conteniendo el deseo de pegarle de nuevo.)* Eres... eres como una bestia. Pero cuando lo veas aquí dentro, vas a cambiar de modo de pensar.

(Sale y Francisca se acurruca de miedo. Entra Eustaquio, al oír sus pasos, lentamente, Francisca vuelve la cara para mirarlo y luego no hace más que eso, mirarlo.)

EUSTAQUIO.—Sí, por fortuna soy yo. Desde que la trajeron no he ido al monte. Me quedo por aquí cerca, también de noche, para saber... Y hoy me llamaron para que la... asustara.

FRANCISCA.—Ya lo sé.

EUSTAQUIO.—Asústese, Francisca, por lo que más quiera. Grite, como si estuviera espantada y luego firme lo que ellos quieran. Mire cómo le han puesto la cara.

FRANCISCA.—No.

EUSTAQUIO.—Cuando vean que esto no da resultado, traerán otro, o quién sabe qué se les ocurrirá *(Más quedo.)* Están asustados y tienen prisa. El pueblo está enojado y se están juntando en las noches para hablar de esto. Quieren acabar con don Mariano y con su hijo y hasta con el padre que está de acuerdo con ellos. Y ellos se lo imaginan y por eso quién sabe qué podían hacerle...

FRANCISCA.—No. Ahora menos, que acaben con ellos. ¿Por qué tengo que decir que soy ladrona para salvarlos?

EUSTAQUIO.—No es por ellos, es por usted.

FRANCISCA.—Yo no importo y no tengo miedo de nada. Diga que me violó o vióleme, me da lo mismo.

EUSTAQUIO.—*(Escandalizado.)* ¿Cómo cree...?

FRANCISCA.—Cualquier cosa que me suceda no es importante porque soy fea, pobre y mal vestida.

EUSTAQUIO.—¿Para qué vine, entonces?

FRANCISCA.—Quién sabe.

EUSTAQUIO.—Porque usted me importa.

FRANCISCA.—*(No tan segura.)* No le creo.

EUSTAQUIO.—*(Que no tiene tiempo de discutir el asunto.)* Ese joven Marianito, no es tan malo como parece. Dice que se puede hacer una declaración que no diga que usted robó el anillo.

FRANCISCA.—*(Interesada.)* ¿Se puede?

EUSTAQUIO.—Que diga que usted se compromete a pagarlo y nada más.

FRANCISCA.—*(Pensativa.)* ¿Cuánto costaría?

EUSTAQUIO.—Dice ese joven que por aquí no hay anillos que cuesten más de quinientos pesos.

FRANCISCA.—¡Quinientos pesos! Y ¿de dónde los voy a sacar?

EUSTAQUIO.—Diga usted: que se lleven sus cosas. Todo lo que tiene en su cuarto.

FRANCISCA.—*(Patética.)* ¡Mis cosas! Pero si es lo único que tengo... Me he pasado años comprándolas, y todo porque quería tener un cuarto arreglado, para no sentirme como una mendiga de la calle. No me compré ropa en un año para pagar el ropero y luego el *(le tiembla la voz)*... radio.

EUSTAQUIO.—Pero no hay otra forma.

FRANCISCA.—Y cuando yo salga no voy a tener nada, ni empleo. ¿Dónde voy a vivir? *(Eustaquio está a punto de decirle algo, pero no se atreve.)* Iré pidiendo caridad. No quiero.

EUSTAQUIO.—Hágalo por usted.

FRANCISCA.—No me importo ni le importo a nadie y siempre ha sido así.

EUSTAQUIO.—Hágalo... por mí.

FRANCISCA.—¿Qué? *(Piensa, con voz insegura.)* ¿Cree usted que... yo soy de esas que... hacen cosas porque... se las piden los... hombres?

EUSTAQUIO.—No creo nada. Pero hágalo.

FRANCISCA.—*(Lo mira intensamente, con esperanza a pesar suyo.)* Bueno. Si usted... cree...

EUSTAQUIO.—*(Contento.)* ¿Les aviso?

FRANCISCA.—Sí, pero que diga que yo lo pago y nada más. *(Eustaquio va a la puerta, Francisca, en voz muy baja.)* Gracias.

(Sale Eustaquio.)

FRANCISCA.—*(Cantando.)*
Cuando esté libre
Voy a bañarme al río

sin que nadie me vea;
y voy a cortar flores
aunque nadie lo sepa.
Y cuando sea de noche
voy a ver las estrellas
aunque nadie lo crea.
Y nunca estaré sola,
aunque sola me vean.

CUADRO 3

Patio de la escuela. Serafina teje sentada en el arriate.

SERAFINA.—Ahora si voy a adelantar mucho mi tejido porque ya no mandan a los niños a la escuela. Allá los padres, yo siempre he cumplido con mi deber y tengo la conciencia tranquila. *(Brinca, mira a su alrededor.)* ¿Qué fue eso? No hay nadie. Ese mozo que trajeron en lugar de Francisca es el que tiene la culpa de mi estado de nervios. No habla, no me mira, no hace ruido al caminar. Voy a decirle a Mariano que traiga otro más ruidoso. Voy a decirle también que obligue a los padres a mandar a los niños a la escuela. ¿No dicen que la instrucción primaria es obligatoria? ¿Qué harán los niños en su casa? El padre Luis dice que el sábado pasado tampoco fueron a la doctrina. Esta gente está escondiendo a sus hijos. Quién sabe por qué si aquí no hay ningún peligro. *(Brinca de nuevo y mira a su alrededor.)* No pasa nada. Pero la palabra peligro me da frío. Al rato me voy a mi casa, pero tengo que esperarme para que vean que cumplo con mi trabajo y que no tengo la culpa de que...

MOZO.—*(Entrando.)* Señorita...

SERAFINA.—*(Se pone en pie y se lleva las manos al pecho.)* ¿Por qué me asusta? Va usted a matarme un día de éstos. Pise fuerte, tosa, escupa, haga algo que me avise que va usted a hablarme. Voy a decírselo a don Mariano. Bueno ¿qué quería? ¿Irse? Todavía no es hora. O sí, mejor váyase. Así estoy segura de que no hay nadie. *(Mozo permanece inmóvil.)* ¿Qué quiere?

MOZO.—Decirle que fui a limpiar el lavadero y me encontré esto, que se había caído entre el lavadero y la pared.

SERAFINA.—*(Sin acercarse.)* ¿Qué es eso?

MOZO.—Es..., es un anillo.

SERAFINA.—*(Se acerca sin tocarlo.)* ¿Por qué está verdoso y empañado?

MOZO.—El lugar donde estaba es muy húmedo.

SERAFINA.—Pero es un anillo muy corriente...

MOZO.—*(Examinándolo.)* Es un anillo de esos que venden en la feria todos los años. Mi hermana tiene uno igual.

SERAFINA.—¡No puede ser! Entonces no es el mío.

MOZO.—Como dicen que usted perdió su anillo...

SERAFINA.—¡Pero el mío era de oro de muchísimos quilates! Era un anillo muy bonito. ¡Ese anillo no es mío! ¡No puede ser el mío!

MOZO.—*(Hace ademán de irse.)* Bueno, si no es suyo...

SERAFINA.—¡No! Pero démelo. Quería llevárselo, ¿verdad?

MOZO.—Dice usted, que no es suyo.

SERAFINA.—Todo lo que está en la escuela es mío.

MOZO.—Tómelo.

(Serafina lo agarra con la punta de los dedos y lo examina con un gesto de asco. Luego, entristecida.)

SERAFINA.—No, no es el mío.

(El mozo la mira de arriba a abajo y le da la espalda.)

SERAFINA.—¿Adónde va usted?

MOZO.—A mi casa. ¿No dijo que me fuera?

(Serafina va a su bolsa de costura y saca un billete que le pone en la mano al mozo.)

SERAFINA.—No diga nada de esto, ¿me oyó?

MOZO.—Pero si no es el suyo.

SERAFINA.—No. Pero podría prestarse a... confusiones. *(Muy nerviosa.)* No diga nada.

MOZO.—¿Me puedo ir?

SERAFINA.—Sí. *(Suplicante.)* Pero no diga nada.

Mozo sale y a poco le vemos aparecer detrás de la cerca desde donde espía a Serafina. Serafina espera un momento y luego se dirige al arriate, escarba con su gancho de tejer y entierra el anillo.

(Serafina, cantando)
Tengo miedo.
Las hojas raspan el suelo
el aire va por los techos
cuando hace viento.
El viento tiene manos, cabellos.

Tengo miedo.
Los pájaros no cantan,
se ven árboles secos
¿Qué me pasa? ¿Qué pasa?
Me están mirando desde lejos.
Tengo miedo.

(Muy asustada recoge su bolsa y su tejido y sale huyendo, en seguida entra el mozo por la cerca, desentierra el anillo y sale de escena. Oscuro.)

CUADRO 4

(Cárcel. Francisca. Inmediatamente entra Mariano hijo.)

MARIANO.—*(Que lleva en la mano unas hojas, como seis.)* Aquí está, para que lo firme.

FRANCISCA.—¿Por qué son tantas hojas?

MARIANO.—Son copias, todas dicen lo mismo.

FRANCISCA.—¿Para qué quieren tantas?

MARIANO.—Así se usa. Una se guarda bien y las otras... también se guardan.

FRANCISCA.—¿Por qué? Don Mariano dijo que se necesitaba sólo una para clavarla en la puerta...

MARIANO.—Pero si alguien se la lleva nos quedan otras.

FRANCISCA.—*(Astuta.)* Mejor no la claven en la puerta. *(Mariano se ve fastidiado.)* Bueno, léame lo que dice.

MARIANO.—*(Leyendo.)* Yo, Francisca Pérez...

FRANCISCA.—Yo no me apellido Pérez.

MARIANO.—Ya lo sé, pero no se puede poner nada más Francisca. Eso no quiere decir nada.

FRANCISCA.—¿Cómo no va a querer decir? Francisca soy yo.

MARIANO.—Pero en un documento hay que poner el apellido.

FRANCISCA.—Entonces no se va a poder. ¿No ve que a mí me dejaron abandonada en una casa y fui creciendo de pura casualidad?

MARIANO.—Por eso le puse Pérez. A nadie le interesa y es más serio.

FRANCISCA.—Y ¿por qué Pérez?, ¿porqué es su apellido? Yo no me quiero llamar como ustedes.

MARIANO.—*(Haciendo acopio de paciencia.)* Muy bien, luego lo cambio.

FRANCISCA.—No se le olvide.

MARIANO.—*(Lee.)* "Yo Francisca... detenida en la cárcel por el robo de un anillo de oro, me comprometo a restituir el precio del anillo para que se me deje en libertad. Como no cuento con dinero en efectivo, pongo a disposición de las autoridades todas mis pertenencias que se encuentran en la portería de la escuela primaria "Mariano Pérez". Fecha junio veinte de 1960. *(Francisca pone mala cara.)* ¿Qué le pasa ahora?

FRANCISCA.—No me gusta lo que dice.

MARIANO.—¿Qué es lo que no le gusta?

FRANCISCA.—Que allí está lo del robo.

MARIANO.—No dice que usted se lo robó.

FRANCISCA.—Dice que por eso me detuvieron.

MARIANO.—Pero eso es necesario. Si no ¿por qué había de pagarlo?

FRANCISCA.—*(Enojada.)* Hay muchas maneras de poner las cosas. Por ejemplo, podían poner que me detuvieron porque ustedes creían que lo había robado y que yo tengo que pagarlo para que me dejen en paz. Esa es la verdad al fin y al cabo.

MARIANO.—*(Cada vez más impaciente.)* Bueno así es como está escrito y así nos sirve, del otro modo, no nos sirve.

FRANCISCA.—No me gusta. Dice que me lo robé y que por eso tengo que pagarlo y eso no es cierto. Y encima de todo, que me llamo Pérez. ¿Para eso aprende a escribir la gente?

MARIANO.—Nadie va a cambiarlo.

FRANCISCA.—No lo cambie. Al fin yo no sé firmar.

MARIANO.—¿Qué?

FRANCISCA.—Que yo no sé escribir mi nombre. Ni Pérez tampoco.

MARIANO.—Es mentira.

FRANCISCA.—Es verdad. Aunque me gustara, no hubiera podido firmarlo.

MARIANO.—Se puede poner la huella digital.

FRANCISCA.—¿Qué es eso?

MARIANO.—Se le remoja un dedo en tinta y lo pega usted en el papel.

FRANCISCA.—¿Es lo mismo?

MARIANO.—Es lo mismo, así se firman muchos papeles de la gente que no sabe escribir, hasta actas de matrimonio.

FRANCISCA.—Pues no me remojo el dedo en tinta.

MARIANO.—*(Fuera de sí.)* ¿No? *(Llamando hacia afuera.)* Gómez, traiga la tinta para los sellos.

FRANCISCA.—No quiero.

(Entra Gómez con la consabida cajita de lata.)

MARIANO.—Yo la agarro y usted le pone el dedo en la tinta y luego en ese papel, aunque sea nada más en el de encima. *(Mariano inmoviliza a Francisca después de mucho forcejeo silencioso y el otro le abre la mano con toda su fuerza para hacer lo que se ha dicho.)*

MARIANO.—*(Sudoroso.)* Apúrese antes de que venga mi papá. A ver si se acaba esto de una vez. *(Se logra llevar al cabo la operación.)* Ahora, a la calle.

FRANCISCA.—No me voy, quiero quedarme aquí para que los fastidien.

MARIANO.—*(A Gómez.)* ¡Ayúdeme a echarla!

(Entre los dos sacan a Francisca que se resiste. Desaparecen, oscuro y en seguida aparece Francisca tirada en el suelo, de donde se levanta mientras habla y se frota por todas partes.)

FRANCISCA.—*(A gritos.)* ¡Imbéciles! ¡Hijos de su madre! ¿Creen que no duele?

(Luego canta con desaliento y un aire de incomprensión.)

No entiendo nada.
Pienso y pienso. Me han tenido encerrada
y luego me sacan a patadas.
Pienso y pienso.
¿Que no sabrán lo que hacen?
Estoy creyendo
que querían robarme mi dinero...
¿Tanta molestia por tan poco dinero?
Pienso y pienso...

Luces sobre el mozo, solo, mirando el anillo. No canta.

MOZO.—Voy a ir de casa en casa
a mostrarles esta porquería
para que vean de lo que se trata,
y así entiendan
que por cosas como ésta
no nos dejan vivir.

Así se darán cuenta
que todas las palabras que nos dicen
son anillos de cobre
y que no tienen de oro más que el brillo.
cuando están recién dichas.
Así son don Mariano, su hijo
y el padre Luis.
Piensan en su provecho y se dan maña
para sacarlo siempre
mientras que el pueblo
se conforma con anillos de feria
y los soporta.
Todo nos quitan
y nunca han dado en cambio
más que promesas y palabras que brillan
pero luego, quedan allá escondidas
y al encontrarlas,
están enmohecidas y verdosas.

(Oscuro.)

CUADRO 5

Cuarto de Francisca. No hay nada, literalmente nada. Eustaquio, de pie frente a una ventanita. A poco, entra Francisca, que cojea.

FRANCISCA.—¿Tan pronto ya se llevaron todo?

EUSTAQUIO.—Desde temprano.

FRANCISCA.—¿Antes de que firmara? *(Pausa.)* Ah que... *(Pausa.)* ¡Si viera qué maneras de echarme de la cárcel!

EUSTAQUIO.—*(Que la mira complacido.)* Mejor que no viera usted cómo se llevaron sus cosas.

FRANCISCA.—¿Usted estaba aquí?

EUSTAQUIO.—Sí.

FRANCISCA.—Y ¿vió cómo sacaban mi ropero?

EUSTAQUIO.—*(Que asiente.)* No se acuerde de eso.

FRANCISCA.—¿Cómo no me voy a acordar si aquí no hay nada? Fíjese bien, ni un trapo en el suelo. ¿Dónde voy a dormir? Usted no se da cuenta...

EUSTAQUIO.—De todo me doy cuenta.

FRANCISCA.—Eso dice usted. Y ¿vio cómo sacaban... mi... radio?

EUSTAQUIO.—También.

FRANCISCA.—¿Se fijó que era muy bonito? A ver, ¿de qué color era?

EUSTAQUIO.—Azul.

FRANCISCA.—Era azul y tenía... *(Se sienta en el suelo de golpe y empieza a llorar desconsoladamente.)*

EUSTAQUIO.—*(Cerca de ella.)* Francisca...

FRANCISCA.—¡No me mire! Quién sabe cómo me veré después de tanta cosa y luego llorando. *(El calla y ella empieza a calmarse.)* Ahorita mismo voy a insultarlos. Ni modo que me vuelvan a encerrar. *(Se pone de pie.)*

EUSTAQUIO.—No puede usted ir allá, por eso estoy esperándola.

FRANCISCA.—¿Por qué?

EUSTAQUIO.—La gente del pueblo va a quemar la cárcel, la casa de la señorita Serafina y la del padre Luis.

FRANCISCA.—¿Cuándo van a hacer eso?

EUSTAQUIO.—Ahora mismo. Un hombre encontró el anillo.

FRANCISCA.—¿Dónde estaba?

EUSTAQUIO.—En el lavadero.

FRANCISCA.—*(Llorando de nuevo.)* Me encerraron por nada, se llevaron mis cosas por nada, me patearon por nada... ¿por qué me hicieron eso?

EUSTAQUIO.—Porque pueden.

FRANCISCA.—*(Pensativa.)* Sí. ¿Verdad?

EUSTAQUIO.—Pero no van a seguir así siempre.

FRANCISCA.—¿Quién los va a detener?

EUSTAQUIO.—El pueblo.

FRANCISCA.—No es cierto.

EUSTAQUIO.—Claro que es cierto. Todos estaban decididos y puestos de acuerdo... como no hay armas van a incendiar.

FRANCISCA.—¿Quiere que le diga lo que va a pasar?

EUSTAQUIO.—¿Qué va a pasar?

FRANCISCA.—*(Muy segura.)* Don Mariano, o su hijo, o el padre, o esa señora, van a pedir ayuda al gobierno del estado, van a regresar con muchos soldados y van a asesinar a todos los hombres del pueblo. *(Eustaquio queda en silencio.)* ¿Tengo razón?

EUSTAQUIO.—*(Quedo.)* Sí.

(Se empiezan a oír los gritos de un grupo indignado que corre por las calles.)

EUSTAQUIO.—Yo me voy... con ellos.
FRANCISCA.—¿No le importa saber la verdad?
EUSTAQUIO.—No.
FRANCISCA.—¿No me lleva? Como ya no tengo casa...
EUSTAQUIO.—*(Tomándola de la mano.)* Vamos.

(Tomados de la mano, cantan los dos.)

No se puede evitar
hacer lo que hacen otros
cuando tienen razón.
Tal vez mañana
ya no estaremos vivos,
pero si nos mataran
no habrá más injusticia,
y si vivimos,
habrá más libertad.
Mejor morir honrados
que vivir engañados.
No se puede evitar,
estamos obligados.

(Salen. Oscuro.)

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

"Todo se acabó"

Lento ♩= 70

(Piano y voz)

p sempre legato

To-do se aca-bó, se dijo la pa-la-bra prohibi-da y to-do se aca-bó. La ma-es-tra que es-ta-ba tan con-ten-ta ha-blá de Juárez y has-ta de la Revo-lu-ción. To-do se aca-bó.

Cresc. - - - - Rit.

mf

Los ni-ños ya ha-blá-ban cosas de la le-na y del sol. Ha-bla-ban de pe-ne-tes y que se yo. Ha-blaban de Porfi-rios y que se-yo.

p Cresc. Rit.

pp

Pe-ro ha-blá de Juá-rez y has-ta de la Revolu-ción.

pp

"No hay compasión"

Lento. Casi un recitativo

♩ = 54

Voz

mf

No hay compa-sión. To-dos los hombres su-fren (de tanto en tanto) y

Piano

f

Poco più mosso

f

no hay compa-sión.

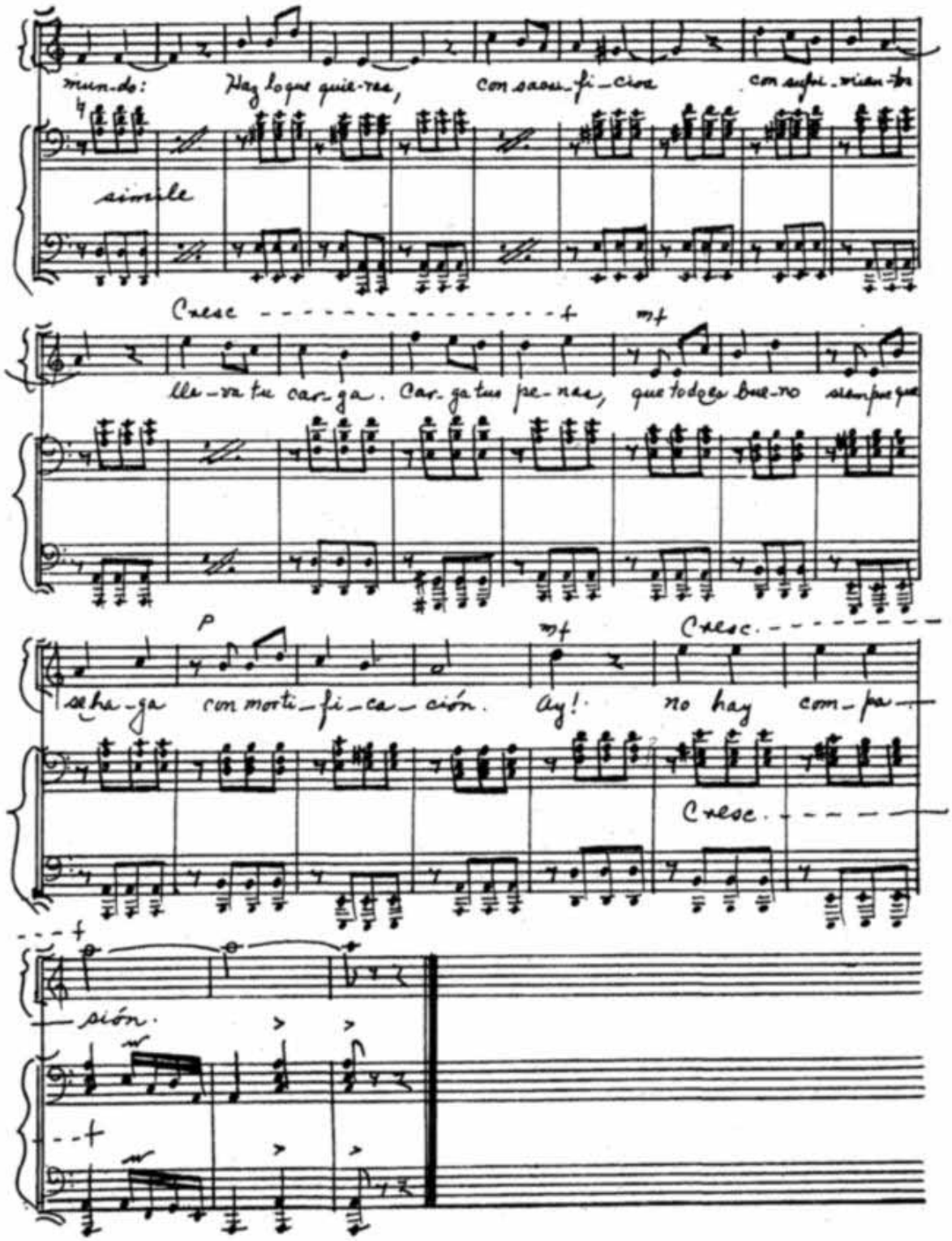
Poco più mosso

Dios sacrifi-cado

ya-upto lo ro-bado sin decho-nor, mf porque todo lo que hago nace de un gran de-

-seo de morti-fica-ción. p Por eso di-go al

f p


mun-do: Hay lo que quie-ras, con sacri-fi-cios con sufri-mien-tos
simile
Cresc
f
mf
lle-va tu car-ga. Car-ga tus pe-nas, que todos bue-no siempre que
p
mf
Cresc.
se ha-ga con morti-fi-ca-ción. Ay! no hay com-pa-
Cresc.
f
sión.
f

¡Qué injusticia!

Vals ♩=90

Geraldine

Piano

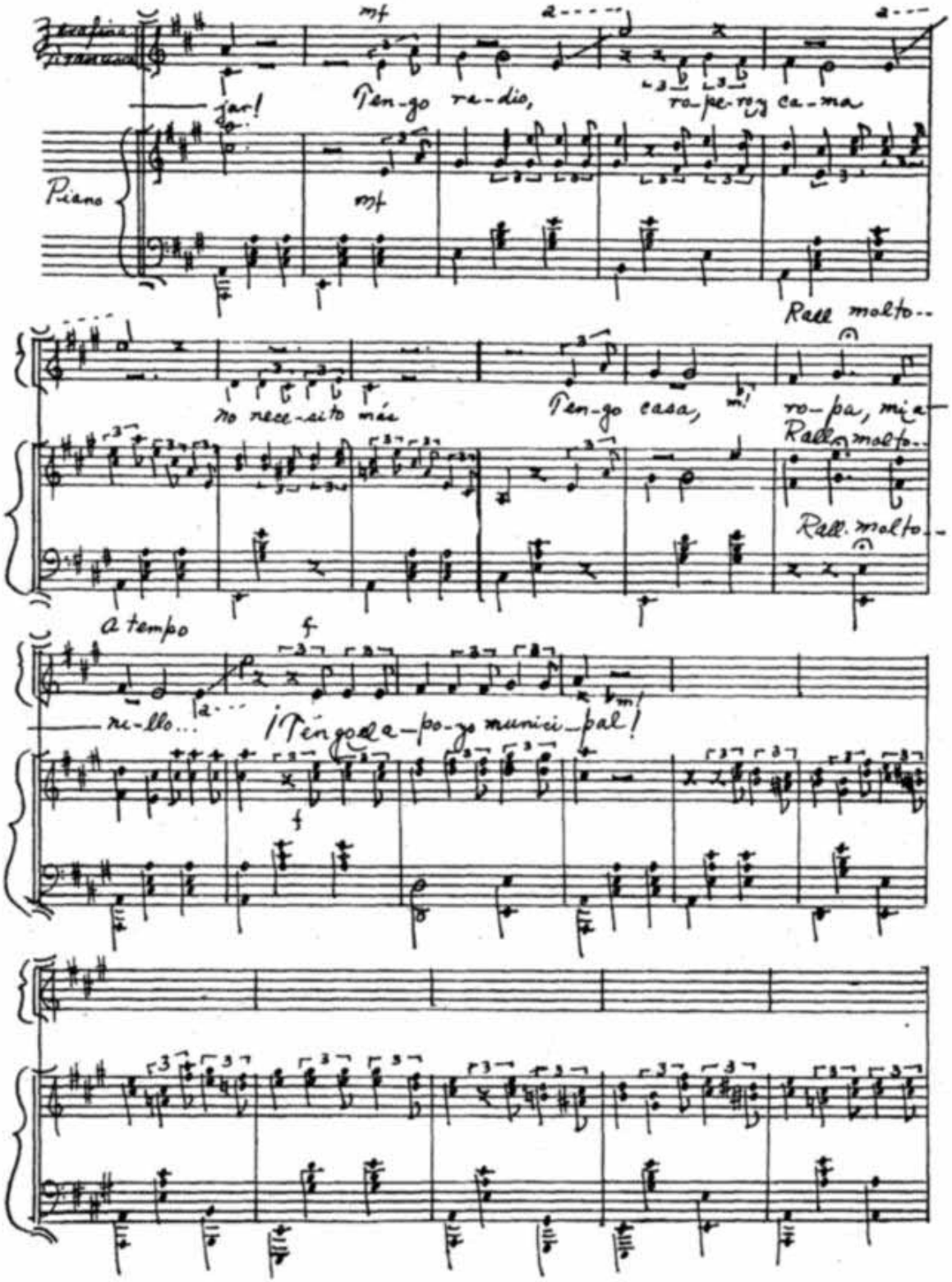
¡Qué injus-ti-cia! ¡Qué calami-dad!

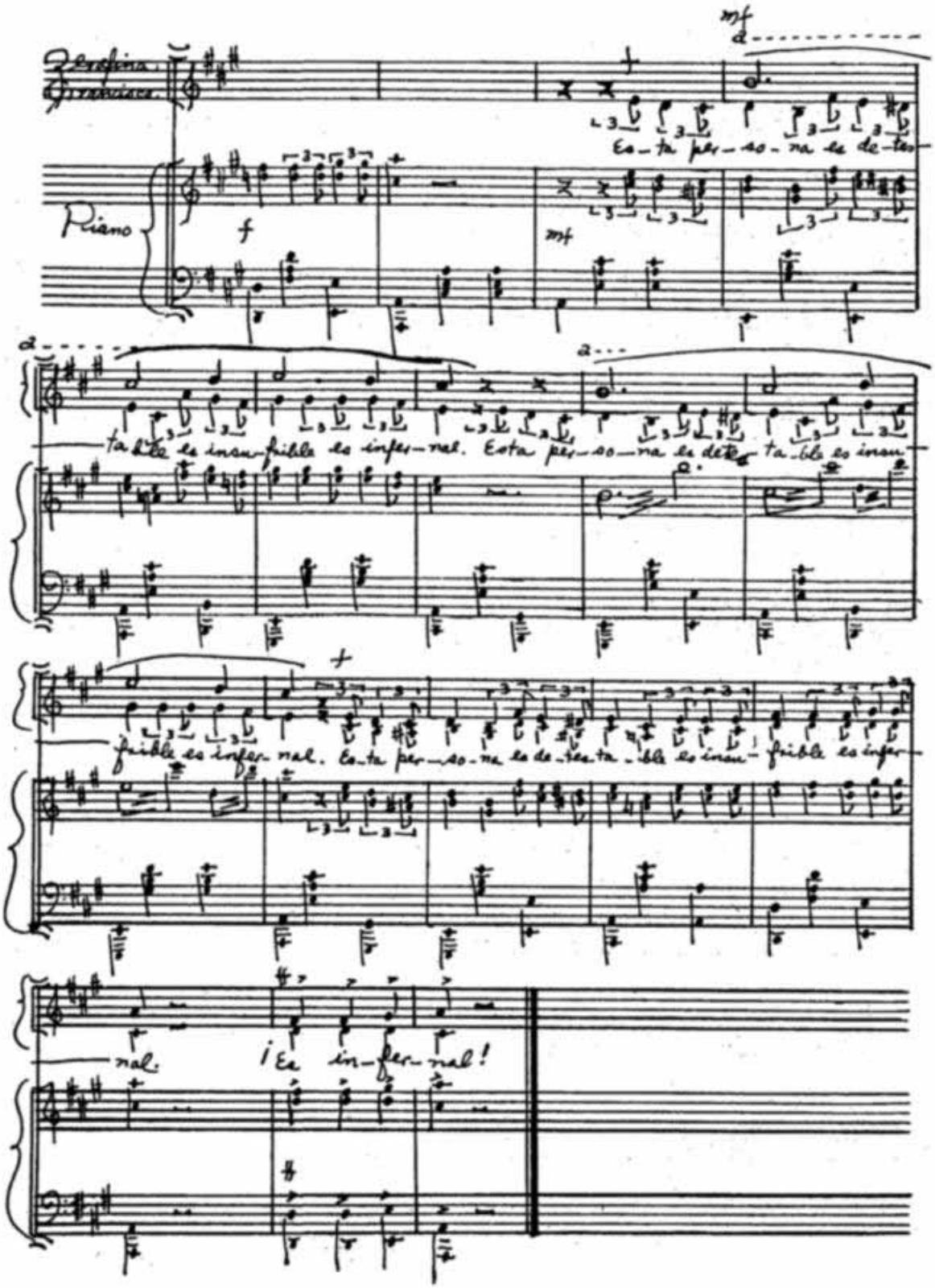
Cre-í que iba a ser fe-liz y re-sulta que todo salió mal.

Es-ta per-so-na es de-tes-ta-ble es inen-fri-ble es infer-nal. Es-ta per-

siempre stacc.

so-na es de-tes-ta-ble es inen-fri-ble es infer-nal. ¡No po-dré traba-


Piano
mf
Ten-go ra-dio,
ro-pe-ro y ca-ma
Rall molto..
no nece-sito máa
Ten-go casa,
ro-pa, mi a-
Rall. molto..
Rall. molto..
a tempo
f
re-llo...
¡Téngola po-ste municipal!


Piano
Es-ta per-so-na es de-tes-
ta-ble es inau-
ta-ble es infer-nal. Esta per-so-na es de-tes-ta-ble es inau-
fri-ble es infer-nal. Es-ta per-so-na es de-tes-ta-ble es inau-fri-ble es infer-
nal. ¡Es in-fer-nal!

"Los tiempos cambian"

(Pieza al estilo pianola)

♩= 60

Voz

Piano

mf

mf

Los tiempos cambian. ya no hay sol-

Cresc.

f

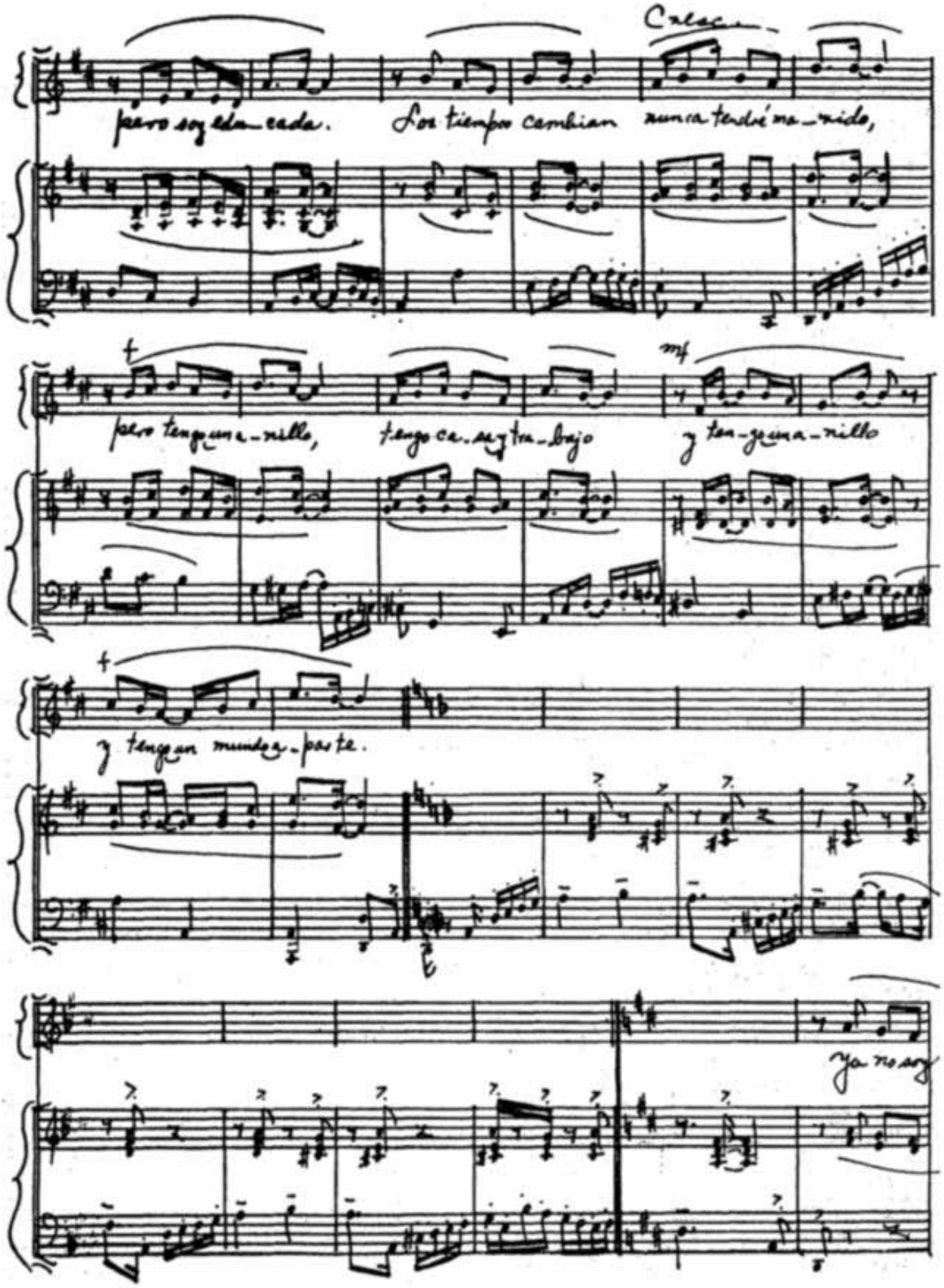
teros

me quedan ya ma-ridos... los tiempos cambian.

Cresc.

f

ya no soy rica


Calac.
pero soy edu-cada.
Los tiempos cambian
nunca tendré ma-rido,
t
mf
pero tengo una-rillo,
tengo ca-sa y tra-bajo
y ten-go una-rillo
t
y tengo un mundo a-parte.
ya no soy

rica pero soy edu_cada. Los tiempos cambian

Cresc.

nunca tendré ma_rido pero tengo ma_rillo tengo ca_sa y tra_

Rall. molto (Wabbled)

bajo y tengo ma_rillo.... y tengo un mundo a parte.

Rall. molto

a tempo

f ff

"Cuando esté libre"

Lento ♩= 54

Voz

Piano ó Guitarra

p siempre legato

Cuan-do es-té li-bre voy a bañarme al sol — o aunque nadie me

siempre legato

re — a y voy a cortar flo-res, ¡Ay! aunque nadie lo se — pa

Calmo ..... mf

y cuando sea de no-che voy a ver las es-tre-llas aunque nadie lo es-pe-ra

Rall. ---------

p

y nunca estaré so-la, ¡ay! aunque solamente ve-an

Rall. ----------

1a 2a

Continúa del canto en la repetición

"Tengo mi honor"

Lento ♩= 40

Voz y Piano

mf

Tengo mi ho-nor

mf

siempre legato

mi digni-dad y mi pa-labra. Tengo mucha ra-zón. Cuando vine en

pobre y me vestía de trapos pero limpia y a veces me hacía impi-nado

con mucha vane-lina y una flor. (se rasca) Voy tengo

piojos mi palabra y mi ho-nor, nada más piojos, mi palabra y mi ho-

nor... y mi ho-nor.

"No entiendo nada"

Moderato ♩. = 50

Voz

Piano

mf

No entiendo nada. Pien-so y pienso

Cresc.

me han tenido en-ce-rrada y luego me sacan a pa-tadas.

Cresc.

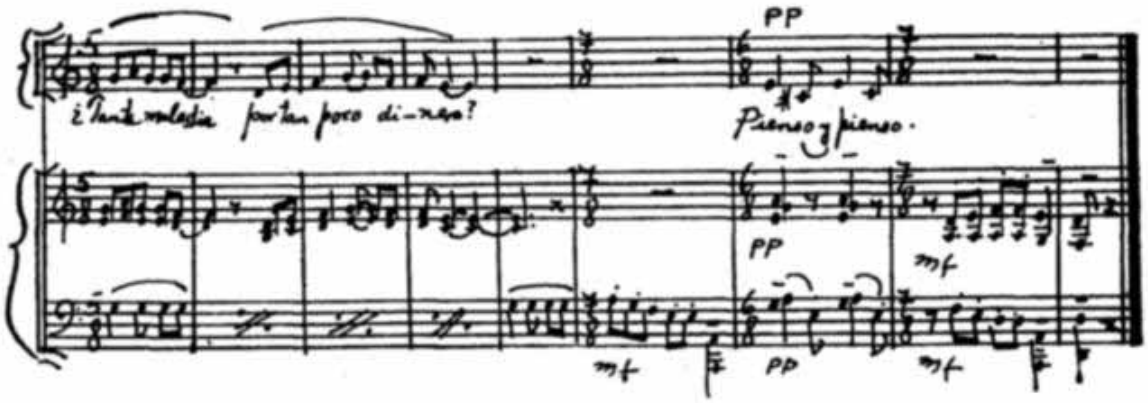
p

Pienso y pienso. ¿Qué no sabrán lo que hacen? Edi-toy creyendo

p

siempre legato

que querían ro-barme mi di-nero. ¿Tanta molestia por un poco di-nero?


pp
¿Tanta molestia por tan poco di-nero?
Pienso y pienso.
pp
mf
mf
pp
mf

"Tengo miedo"

Lento ♩=64

Voz

Piano

Ten-go mie-do. Las hojas rafagueando, el aire en los techos cuando hace viento. El viento tiene manos, ca-bellos.

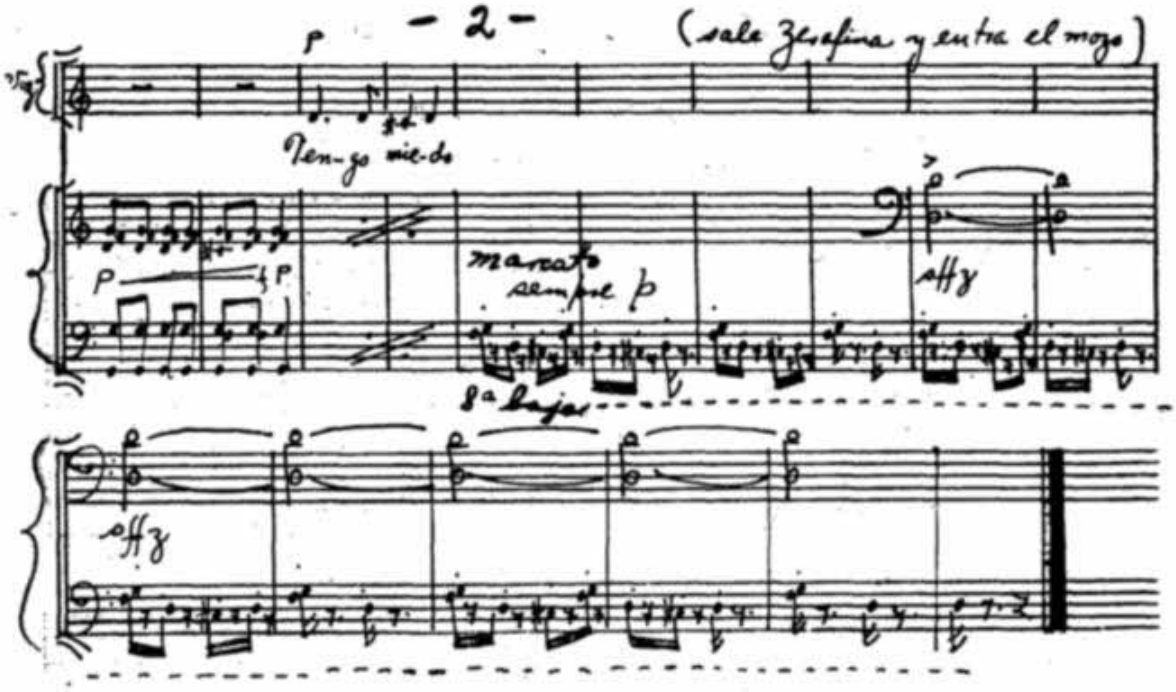
pp legato

(gritando)

Ten-go mie-do. La paja rasca-tan, se vendrá los secos

¿Qué es pa-sa? ¿Qué pasa? Me es-tamos dando bajo

p subito


- 2 -
(sale Zerafina y entra el mozo)
p
Tem-go mie-do
p
f p
marcato
sempre p
sffz
8a bajar
sffz

"No se puede evitar" (Corrido)

Moderato ♩. = 40

Francisco Escutaquio

mf

No se pue-de e-vi-tar ha-cer lo que ha-cen

Piano ó Guitarra

o-tra cuando tienen ra-zón, tal vez ma-ñana ya me es ta-re-mos

vi-vos pero si nos ma-taran no ha-brá mas injus-ticia y si vi-vimos ha-

(La gente de adentro canta a coro)

brá mas li-ber-tad. (No ha-brá mas injus-ticia y si vi-vimos ha-brá mas liber-

(Todos)

tad mejor me-ri-ri-mos-rados que vi-vir enga-ñados

no se pue-de vi-vir es-ta-mos obli-gados. No se puede vi-vir es-

Rall.

tamos obli-ga-dos.

Rall.